

Ninguna de las guerras fue general, ni una sola de las hegemonías que la guerra produjo se extendió a todo Israel. Los josefitas solían hacer causa común con las tribus del Norte. Galaad era un mundo aparte. Judá no está casi nunca incluida en las ligas de las tribus y apenas se la comprendía en la denominación general de Israel.

La tribu de Benjamín tenía también una vida especial. Su territorio era pequeño y lo ocupaban casi todos los cananeos, o como aliados (gabaonitas), o como enemigos (jebuseos). Los benjaminitas venían a ser un cuerpo militar especial, una casta educada para manejar la honda, y cuyos jóvenes se acostumbraban a utilizar la mano izquierda en lugar de la derecha. Su fortaleza estaba en Gibeá, al Norte de Jerusalén. No se les quería y se les creía de malas costumbres. Se contaba con horror la siguiente aventura:

Al sorprender la noche a un leví de Efraím, cerca de Gibeá, dejó el camino con su concubina y su escaso equipaje para pasar la noche en la población. Los viajeros se sentaron en la plaza, y nadie los invitaba, hasta que un anciano forastero los llevó a su casa. Ocurrió entonces algo monstruoso, semejante a las infamias de Sodoma. Hubo que entregar a los benjaminitas la concubina del extranjero. Habiéndolos saciado en una noche de orgía, la desdichada cayó muerta al pie de la casa donde su marido había recibido la hospitalidad. El leví abrió la puerta, encontró el cadáver, lo cargó en su borrico, y al llegar a su casa lo partió en doce pedacitos que envió a las doce tribus de Israel.

En la antigüedad se acostumbraba a dar a las grandes guerras causas pequeñas, y a veces eran verdaderos los relatos que nos parecen sorprendentes. Lo ocurrido con el leví debió causar una asamblea general de la nación en Mispá, y una especie de guerra federal contra Benjamín. Causas más serias formarían parte también de la campaña. Casi todas las tribus aborrecían a la de Benjamín. El oráculo del arca, consultado repetidas veces, aconsejó una guerra para exterminarlas.

El peñasco de Gibeá aguantó heroicamente. Las salidas de los benjaminitas hicieron mucho daño. Los israelitas sólo pudieron apoderarse de la plaza por sorpresa.

Hicieron una emboscada cerca de la ciudad, y con una fuga ficticia, lograron que los sitiados se alejasen de la plaza. Los emboscados tomaron entonces la ciudad, mataron a los habitantes y la incendiaron. Al girarse los benjaminitas esparcidos por la llanura, vieron el humo que subía hacia el cielo. Desesperados, huyeron al desierto, perseguidos por los confederados, que mataron a muchos de ellos.

En Sela Rimón se defendieron los fugitivos a lo largo de cuatro meses. Durante este tiempo la cólera de las tribus se calmó, y los benjaminitas pudieron escaparse. Se suponía que habían sido exterminadas todas las mujeres de Benjamín. Para proporcionar mujeres a los supervivientes de Sela Rimón y no dejar un hueco en la serie de las tribus, la imaginación israelita recurrió a los medios más ingenuos. La leyenda ha exagerado seguramente el desastre de Gibeá. Benjamín no desaparece sino que dará pronto su primer rey a Israel. Gibeá será la ciudad de Saúl, y en ella se ejercerá por vez primera un poder central en Israel.

Un ataque federal similar al que hirió a Benjamín, cayó, según se dice, sobre Jabes de Galaad. Según la leyenda, los habitantes de esta ciudad fueron los únicos que faltaron a la especie de dieta que se celebró en Mispa contra los benjaminitas, y por eso fueron muertos todos, conservando a las vírgenes para que perpetuaran la raza de Benjamín. Lo cierto de este relato es que Galaad y quizá particularmente Jabes vivían aparte y no contribuían a la obra común de Israel.

De tal manera durante dos o tres siglos se desarrolló la vida separada de una docena de tribus notablemente congéneres, con plena conciencia de su parentesco, pero pocas veces unidas en una acción común. Los josefitas conservaban su superioridad. Las señales de la futura primacía de Judá eran aún bastante oscuras. Eran muy remotas las genealogías convenidas, destinadas a demostrar el origen común de estas diversas familias. Los antiguos nombres de tribus, Isaac, Jacob, Israel José, dieron lugar a ingeniosas combinaciones, a cuyo frente siempre figuraba el Alto Padre, *Ab-Ram*, identificado con el mítico Padre Orcam, traído de Caldea. El viejísimo nombre de Isaac sirvió para dar un hijo y sucesor inmediato a *Ab-Ram*. Se identificaban en sólo un personaje los nombres antiguos de Jacob o de Israel. Fue algo caprichosa aquella elección. Los poderosos grupos de Jair, de Makir, de Abiezer tenían el mismo derecho que Gad o Dan a figurar en la lista.

Después de mucha selección se logra dar con la cifra sacramental de «doce». José se dividió en sus dos hijos, Efraím y Manasés. Formáronse al parecer dos grupos fuera de las consideraciones de parentesco, el de los levís y el guerrero llamado Benjamín. Los *levís* se habían multiplicado mucho en las diversas tribus. Se creyó que descendían de un hijo de Jacob, llamado Leví, y se formó con ellos una tribu,

que no tenía terreno propio, pero que podía vivir a costa de los ajenos. Los *Beni-Iemini*, honderos y arqueros hábiles, fueron colocados en la cima de las colinas que hay al Norte de Jerusalén.

Así Benjamín y Leví llegaron a ser dos hijos de Jacob, aunque probablemente los diferentes *levís* que andaban por el país no tuviesen el menor parentesco entre ellos. Como el manejo de ciertas armas, y determinadas aptitudes eran frecuentemente, en la antigüedad, patrimonio de ciertas familias, no puede afirmarse que los Beni-Iemini no fueran en su origen una familia en el sentido ordinario de la palabra. Por lo menos se admitió que podía existir una tribu sin territorio. Leví no tenía ninguno, y el de Benjamín se limitaba casi a la colina de Gibeá.

Rubén y Simeón, que luego no pudieron distinguirse de Moab, de Edom y de los árabes del desierto, se extinguieron pronto como tribus. Se las consideró, como a Leví, tribus esporádicas, esparcidas en el resto de Israel. Hubo también tribus, en cierto modo ideales, junto a tribus completamente transvenadas, como Dan. Lo importante era enlazarse por el idioma, por la raza, por un recuerdo más o menos auténtico, con el antiguo Jacob. Se supuso que Jacob había tenido dos mujeres y dos concubinas. Cada tribu quiso al principio, como era natural, descender del padre común honrosamente. Luego se hizo una especie de clasificación favorable para unos y desfavorable para otros, en que predominó la opinión de la poderosa tribu josefita de Efraím. José y Benjamín (aristocracias de Israel) nacieron de Raquel, la esposa más amada, y en circunstancias que los hacían privilegiados y preferidos. Dan, Neftalí, Gad y Aser fueron sacrificados y atribuidos a las concubinas. Al haber grandes rivalidades entre dos miembros de una misma familia, se contaban acerca de los hijos verdaderos o supuestos del patriarca, anécdotas a veces desagradables, que entristecían mucho a sus descendientes. Igualmente, entre los ingenuos campesinos se bromea mucho en nuestros tiempos sobre los santos de las diversas parroquias, y molesta a los devotos lo que se dice de su patrón. También las tribus árabes, aunque pertenecientes a la misma raza, se tienen odios atroces, y se calumnian terriblemente unas a otras.

El amor y el odio de las tribus se expresaban en Israel ardorosa y apasionadamente, y acerca de cada tribu circulaban dichos, ya encomiásticos, ya satíricos, que se agrupaban de diversas maneras, formando fragmentos muy originales, aunque oscuros, y a veces ininteligibles, basados en intraducibles juegos de palabra.

Como consecuencia reinaba una anarquía muy viva, heroica e idílica a un tiempo, feroz y rústica, dura y llena de instintos de elevada moralidad: un estado religioso muy tosco, pero rico con los nobles restos del patriarso patriarcal y lleno ya de las claridades del porvenir profético.

Fue siempre recordada esta edad de oro que fue en lo pasado como un segundo ideal para Israel. El ideal patriarcal, el ideal de los tiempos de los Jueces se relacionaba con una vida agrícola. Representaban aquellas épocas una época de alegría, de ventura intermitente, de costumbres puras, de libertad, en que el individuo, dueño de su tierra, y libre de los

abusos de la monarquía, vivía en el estado más cercano al perfecto, que es el estado nómada primitivo. Como Israel nunca tuvo una coherencia verdadera, este recuerdo de una Era sin gobierno y teocracia, encantó siempre su imaginación, y sobre este fondo amable y sereno se desarrolló un ciclo de pastorales deliciosas.

En el «Libro de los Jueces» está clara esta herencia poética, no alterada por el soplo pietista de edades superiores. Aquella parte de la antigua historiografía apenas cambió. Los episodios de Gedeón, de Jefté, la historia de Mikah, la del levita de Efraim, son cuadros admirables, sencillos y grandes, procedentes, casi sin retoques, de la más remota antigüedad, totalmente paralelos a los relatos homéricos más hermosos. Una parte de episodios del mismo género, relativos a Caleb y a los héroes del Sur se ha perdido. Otros fueron constituidos posteriormente. Cuando llegó a una organización más avanzada, aquella edad fue para Israel como un tiempo en que había sido dichoso o por lo menos joven y libre. Se creó así una exquisita obra novelesca.

A la novela, le es imprescindible para colocar sus ensueños, países y tiempos que se presten a la ficción y le proporcionen un fondo luminoso que baña el cuadro en una especie de espejismo. Al igual que entre los árabes toda anécdota atribuida al reinado de Harim-al-Raschid, y en la Edad Media todas las colocadas en tiempo del rey Juan tienen un carácter especial de libertad, bastaba escribir al frente de un relato que éste había ocurrido en tiempo de los Jueces, para que se formara la aureola poética y se preparara el espíritu a idilios y narraciones faltos de pietismo. El tiempo de los Jueces fue como una continuación del de los patriarcas. El libro de culto es como la joya de este estado literario en el que basta presentar la realidad como es, para que cálidos y dulces rayos lo inunden todo.

Ese libro es comparable al homérico de los griegos y supera al ciclo árabe. No hay ninguna intención literaria, porque al ideal le basta un grano de la ficción más inocente. Ruth y Booz, serán tan eternos como Nausicaa y Alcinoos. Cuanto más se aleje la humanidad de la vida primitiva, más le gustarán tan encantadores contrastes de pudor e ingenuidad, en aquellas costumbres sagaces y sencillas a un tiempo en que el hombre, sin obedecer a ninguna autoridad superior, sin ley, ni ciudad, ni monarca, ni emperador, ni religión, ni sacerdote, vivió más noble, más grande y más fuerte que cuando lo han atado mil convenciones y lo han dominado siglos de disciplinas sucesivas.

Gracias a los poemas homéricos, tenemos un cuadro de las tribus helénicas en una época paralela a la de los Jueces. Grande es la analogía. Aunque separadas por un abismo en cuanto a la etnografía y a la geografía, las tribus helénicas y las israelitas poseían los mismos caracteres de infancia poética. El heleno cree en fuerzas divinas más numerosas, más esencialmente distintas que las israelitas. Pero el estado moral es poco diferente. La intervención divina en las cosas naturales y humanas es continua. La idea del sacrificio viene a ser la misma en ambos lugares. Pero el dios griego está más identificado con su *hiereus* que el dios israelita.

lita con su *cohen*. La idea del dios protector es todavía más fuerte en el heleno que en el israelita. Éste puede convertirse en dios universal y no puede decirse lo mismo de los dioses griegos, ni siquiera del mismo Zeus.

Las ideas sobre los oráculos se parecen en ambas razas. El juramento, sobre todo el de exterminio, es más terrible entre los israelitas, y constituye una peligrosa fuente de fanatismo. Los sacrificios humanos se encuentran en ambas partes, como un resto esporádico de un mal anterior. El culto difiere poco: no hay templos, ni casi material de culto. El sacrificio no se separa del festín religioso y recíprocamente, todo el festín es sacrificio, reservándose litúrgicamente su parte a los dioses.

La moral del hebreo del tiempo de los Jueces y del arqueo de los tiempos homéricos son muy parecidos. El estado social del mundo es el bandidaje, la guerra de todos los grupos humanos entre sí. En el centro de los grupos, el lazo de garantía es muy fuerte. Un danita no mata nunca a otro danita y lo vengará siempre, pero hará todo el daño posible a un zabalunita. No obstante, los israelitas admiten por de pronto entre ellos un vínculo de fraternidad. Pero para un israelita, cualquiera que no pertenezca a la familia de Israel será un enemigo. Lo mismo ocurriría con las tribus helénicas. El fondo de dulzura y humanidad que hay en todas las grandes razas inspira ya algunas reglas que atienden los dioses. Éstos quieren el bien, aunque con cierta flojedad, y castigan algunos crímenes en la tierra. Las almas de los muertos permanecen en lugares sombríos y subterráneos, y llevan una vida similar a la nada. Algunas veces se logra evocarlas, como por ejemplo, ofreciéndoles sangre para beber. ¿Hay diferencia en su destino, según hayan sido más o menos inocentes o criminales? La idea de recompensa o de castigo era más pronunciada entre los helenos que entre los israelitas. Cuando la idea de la justicia se despierte, el israelita querrá que esa justicia se verifique en la tierra y el heleno se consolará más fácilmente de las injusticias del mundo con los sueños del *Fedón*.